

Estancamiento político en centroamérica.

El inicio de la crisis centroamericana coincide prácticamente con la llegada a la presidencia de los Estados Unidos de Ronald Reagan en 1981. Entonces, nadie podía prever que un problema atacado con tanta virulencia por la nueva Administración norteamericana, se estancaría política y militarmente en vez de resolverse. Cinco años después, los esfuerzos del Grupo de Contadora han fracasado, el futuro continúa incierto en Centroamérica pero algún día se tendrá que empezar de nuevo, dejando a un lado los esquemas simplificados de las relaciones Este-Oeste.

En El Salvador el único objetivo de la guerrilla es el de asegurarse la supervivencia hasta que acabe el gobierno Reagan, para presentarse como una fuerza a tener en cuenta para llegar a una solución negociada. Mientras tanto el ejército de El Salvador solo piensa en rebajar sus pérdidas humanas al límite de quince personas diarias. El coste de la guerra aumenta y el presidente Duarte pierde prestigio frente a sus electores al no poder cumplir ninguna de sus promesas electorales; la situación económica se agrava y la democratización de la vida pública se ha tenido que aplazar.

La guerra continua sin que ninguno de los dos bandos deposite los medios necesarios para ganarla, ya sea a corto o

medio plazo. En este contexto —en que las fuerzas son equilibradas— la oferta presidencial de abrir un diálogo con la guerrilla no es más que un gesto inútil, que contribuye a desdibujar la aureola de un hombre duro como es el presidente de El Salvador, Napoleón Duarte.

En un país en que miles de personas han desaparecido en manos de «los escuadrones de la muerte» el retorno de la democracia —impulsado desde Estados Unidos— suscita ciertas esperanzas, pero el recambio de los militares por un gobierno civil se ha visto como una medida insuficiente para garantizar el futuro de un Estado demasiado pequeño y dependiente para poder maniobrar en el escenario centroamericano, si además tiene que contar con la intransigencia de la Administración Reagan.

Nicaragua, sin salida

Otro problema sin salida digna para los Estados Unidos es el de Nicaragua. Ronald Reagan, que se considera depositario de los valores nacionales de los Estados Unidos, estaba decidido a deshacerse de los sandinistas cuando fue elegido Presidente. Como que la opinión pública norteamericana no admitía la posibilidad de una intervención militar directa, se organizó la contra, una mili-

cia armada y financiada desde los Estados Unidos, donde han encontrado un lugar los antiguos miembros de la Guardia Nacional de Somoza.

Para combatir la contra el Gobierno del Frente Sandinista se ha visto obligado a decretar el servicio militar obligatorio y a organizar el ejército en pequeños batallones móviles, concentrando la artillería pesada a la frontera con Honduras. Una táctica que ha demostrado su eficacia. En cinco años de combates, la contra no ha sido capaz de conquistar ni una ciudad, ni —lo que es más importante— el apoyo de la población.

A pesar de los esfuerzos de EUA, parece que la contra no tiene nada que hacer si Honduras no se compromete más en las acciones contra Nicaragua o si no sobre otro frente al sur, en la frontera entre Costa Rica y Nicaragua. Este podría ser el objetivo de la subvención de cien millones de dólares que Reagan solicita al Congreso norteamericano para ayudar a la contra.

La realidad es que la revolución sandinista no se siente amenazada por las acciones de la contra, y Honduras y Costa Rica no parecen dispuestas a tomar parte en ninguna acción contra Nicaragua, aunque apoyen la política de Estados Unidos a América Central. La presión militar que los Estados Unidos ejerce sobre Nicaragua esta paradójicamente en el origen del punto muerto en que se halla el conflicto.

Los sandinistas estarían dispuestos a llegar a algún tipo de acuerdo con una parte de su posición para aislar los guardias somocistas, el núcleo más duro de la contra y el más fácil de manipular por Washington. La reciente elección de Daniel Ortega, actual presidente de la República de Nicaragua, para dirigir el Partido del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en sustitución de Bayardo Arce, un partidario de la línea dura frente a los Estados Unidos, podría favorecer las negociaciones. Pero éste parece ser el momento elegido por Reagan para retornar a las tensiones, y en estas condiciones cualquier intento de negociación se ve destinado al fracaso.

Costa Rica «la Suiza de América

Central», el aparador donde se exhiben los resultados de una democracia liberal que siempre se alineaba con los EUA, es uno de los Estados más endeudados del mundo. El nuevo presidente, Oscar Arias, se enfrenta a una gran cantidad de problemas políticos, sociales y económicos que trascienden las fronteras del país. En estos últimos años la pobreza ha aumentado considerablemente en toda América Latina excepto en Nicaragua.

El éxodo rural ha provocado el aumento de la población de las ciudades, que se ven envueltas por cinturones de miseria. Este fenómeno de ocupación de las zonas urbanas es reciente, y la mejor expresión de la urgencia de los problemas que han de resolver los gobiernos de la América Central. En los problemas del endeudamiento exterior y de la inestabilidad social cabe señalar, en el caso de Costa Rica, la presión creciente de los Estados Unidos, que poseen el capital extranjero mayoritario al país y que, en consecuencia, tienen un peso considerable en la política costarricense.

El estancamiento militar y político en que vive Centroamérica se debe principalmente a la imposibilidad de encontrar una salida diplomática al conflicto de intereses planteado en EUA y los regímenes de la región que escapan a su control. En este sentido, la crispación provocada por la campaña del Presidente Reagan en favor de otorgar 100 millones de dólares de ayuda oficial a los contras no hace más que evidenciar el fracaso de los esfuerzos de Contadora.

El Grupo de Contadora formado por Colombia, México, Panamá y Venezuela nació para intentar un compromiso entre las partes afectadas por un conflicto que amenazaba con extender una mancha de aceite por el continente. Desde su constitución el trabajo del Grupo de Contadora sólo ha servido para subrayar la incompatibilidad de las partes en conflicto y por constatar que los países que la componen son demasiado débiles para asumir su papel de mediadores.

Han hecho falta tres años para que Contadora acabe la redacción de un

documento titulado «Acta de Paz y cooperación para América Central», más conocido por el nombre de Acta de Contadora. El resultado es un instrumento jurídico tan equilibrado —todos los países afectados pudieron presentar enmiendas al texto original—, que deja de lado la cuestión fundamental: la necesidad de firmar una declaración efectiva que prohíba la intervención de cualquier estado del exterior en los problemas de la región centroamericana.

Desde el momento en que los Estados Unidos reconocieron que mantendrían su soporte a la Contra antisandinista —aunque todos los países centroamericanos afectados por el proceso de Contadora: Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica firmasen el Acta— los buenos oficios del Grupo de Contadora se convirtieron en un ejercicio sin sentido. Las gestiones de Contadora pueden perpetuarse, pero difícilmente el grupo dejará de ser aquello que es ahora: una instancia de control con credibilidad delante de la opinión pública.

Este es el caso de Nicaragua, que en su día hizo saber a los países de Contadora que no estaba dispuesta a que su supervivencia estuviese negociada por países cuyos problemas no les afecta directamente, y que ahora pide al Grupo de Contadora que constituya una comisión de control para supervisar su frontera norte y demostrar que no ha invadido Honduras, tal como afirman los EUA.

Desde el inicio ha habido errores en el proceso de Contadora, causados por una cierta ingenuidad política y para querer respetar escrupulosamente los principios del derecho internacional. De entrada los países integrantes del Grupo de Contadora renunciaron voluntariamente a la influencia que pudieron ejercer sobre los países de la región centroamericana para poder jugar a fondo su papel de mediadores imparciales.

Después, de cara a la firma de un tratado que comprometería a todos los Estados directamente implicados en el conflicto, el Grupo de Contadora quiso

respetar el principio de igualdad formal entre los Estados, como si todos tuviesen las mismas capacidades de negociación, cuando todos saben que la autonomía y la libertad de acción de cada Estado es en realidad muy diferente. En este caso es evidente que El Salvador, Honduras y Costa Rica no tienen el mismo margen de maniobra que Nicaragua o Guatemala.

En cambio, la capacidad de maniobra de los EUA es mucho más amplia.

Una sola declaración de apoyo a los contras fue suficiente para boicotear los años de trabajo de Contadora. Ahora Reagan —convencido de que lo único que desean los guerrilleros es sobrevivir a su presidencia, ya que no pueden hacerse con el control de la región— ha decidido resolver el problema centroamericano a su manera.

Gracias a las intervenciones públicas del Presidente, Nicaragua se ha convertido en el centro de la vida política de los Estados Unidos. Reagan ha aprovechado que el Congreso de los EUA ha de votar la concesión de una ayuda «humanitaria» de 100 millones de dólares a los contras, para hacer una virulenta campaña personal contra la extensión del comunismo.

El tono dramático del mensaje presidencial puede parecer extraño, pero para Reagan ayudar a los contras es solo una manera de frenar la expansión soviética en una región que considera vital para los intereses de los Estados Unidos. Si no puede hacerlo por medio de unos «aliados interpuestos», lo hará interviniendo directamente. En el fondo el Presidente no hace nada más que defender sus convicciones. Cuando fue elegido el 1981 para ocupar la Casa Blanca tenía cuatro objetivos: limitar los poderes del Gobierno, rebajar los impuestos, desarrollar y modernizar la defensa y contener el avance del comunismo.

Su discurso es también un mensaje cifrado por la URSS. La Administración Reagan no cree en los progresos que puedan derivarse del diálogo Este-Oeste, si la URSS proporciona la excusa, volverán a la dialéctica de enfrentamiento que ha caracterizado estos últi-

mos años. A pesar de todo, algún día los Estados Unidos deberán de aceptar la existencia de regímenes políticos que no gustan al continente americano. Los Gobiernos «Revolucionarios» deberán de comprender que la geopolítica juega

su papel y que no se puede hacer nada en las orillas del mar Caribe sin plantearse la necesidad de coexistir con los Estados Unidos.

Alba Basco